

nente de Cristo, haciendo allí su declaración oficial ante la más alta autoridad de la tierra, con la convicción de que iba á hacerse condenar á muerte, es una prueba de que Aquél que respondía á aquellas palabras era en realidad lo que confesaba ser, Jesucristo, Hijo de Dios.

Esto aparecerá siempre como lo principal en el mundo. Todo lo demás es accesorio; en esto Caifás tenía razón.

Este hijo del pesebre, este mártir de la cruz, este maestro de la Iglesia, Jesús de Nazareth, el Cristo, Hijo de María, ¿es ó no el Hijo de Dios vivo?

Tal es la cuestión capital para todos los tiempos y para todos los hombres. Todo depende de ella; el orden del mundo, la paz del espíritu, la posesión de la verdad, la civilización y el progreso, la vida y la muerte.

Si la claridad y la sinceridad son necesarias en alguna parte, lo son en verdad aquí.

Á nada conduce el querer buscar escapatorias; no se trata de ningún equívoco. Á toda pregunta se puede responder: «¿Qué me importa á mí eso?» Á la pregunta: «¿Qué creéis de Jesucristo?», apenas si se puede responder: «Dejadme tranquilo; no me llenéis de confusiones.» Ante esta confesión: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», <sup>(1)</sup> el mundo no podría jamás mostrarse hipócrita y permanecer indiferente. El sonido de una campana, un cántico religioso que uno oye en lontananza, el encuentro con una procesión, una pequeña nube de incienso, la vista de una cruz, bastan para que la supuesta indiferencia se desenmascare como miedo y como odio. «¡Atrás todo esto—se dice inmediatamente—crucificadle!» <sup>(2)</sup>—«Pero ¿qué mal ha hecho?» <sup>(3)</sup>—«No queremos que reine entre nosotros.» <sup>(4)</sup>—«Pero ¿no hace tanto tiempo que ha muerto? ¿Qué puede hacerlos un muerto?»—«¡Oh, lo sabemos muy bien; no hay necesidad de que se nos diga; nuestro corazón nos

(1) Matth., XVI, 16. Joan., VI, 70; XI, 27.

(2) Joan., XIX, 15.

(3) Marc., XV, 14.

(4) Luc., XIX, 14.

lo dice suficientemente, y su poder misterioso también. Sí, ¡si hubiese muerto!... Pero el caso es que vive siempre. Esto es precisamente lo que nos subleva. No quiere morir; oímos siempre su voz; no podemos evitarlo. ¡Crucificadle de una vez! ¡Crucificadle cien veces, y con Él, á todo lo que sirve á su poder!»

Esta es la mejor prueba del poder divino é inmortal de Jesucristo. Ante ella, toda otra es inútil. Ha difundido la luz en los espíritus, y ha infundido en los corazones una fuerza tal, que nadie puede sustraerse á ella. Es siempre y en todas partes el mismo, el mismo maestro, el mismo legislador, el mismo remunerador. No cambia, no envejece, no muere nunca. Del mismo modo que antes, cuando visiblemente aparecía ante los hombres, no hay hoy persona alguna que no atraiga ó no rechace. Para todos se ha convertido en piedra angular <sup>(1)</sup> y continuará siéndolo eternamente. El que no está con Él está contra Él. <sup>(2)</sup> Es la resurrección de muchos, de todos los que en Él ven su maestro, y es la pérdida de aquellos <sup>(3)</sup> para quienes no hay bendición, porque rehusan la suya. <sup>(4)</sup>

**6. El Cristo como hombre verdadero.**—Pero admitiendo la imposibilidad de negar la divinidad de Jesucristo, tropezamos inmediatamente con una nueva dificultad. Seguramente que esta confesión ofrece una base inquebrantable á nuestra fe; pero ¿no es, por esta misma razón, un perjuicio á nuestra confianza? Podemos doblegarnos intelectualmente ante un ser sobrehumano, pero ¿cómo imitarle en nuestra vida? ¿Quién tendría entonces valor para aproximarse á Él en la amargura, en la dolorosa conciencia de su fragilidad? Sin duda alguna, la divinidad de Jesucristo es una prueba de la supernaturalidad de la religión fundada por Él; pero ¿no es también un obstáculo para la vida moral humana? ¿Cómo prescindir de estas graves dificultades?

(1) Ps., CXVII, 22. Matth., XXI, 42. Act. Ap., IV, 11. Rom., IX, 33. Eph., I, 20. II Petr., II, 7.

(2) Matth., XII, 30. Luc., XI, 23. Cf. Marc., IX, 39; Luc., IX, 50.

(3) Luc., II, 34. Cf. Is., VIII, 14. Act. Ap., XXVIII, 22.

(4) Ps., CVIII, 18.

Mucho antes de su nacimiento, el Señor respondió ya á este escrúpulo por boca de uno de sus servidores: «Yo también soy hombre mortal, semejante á todos, salido de la raza de aquél que, siendo el primero de los hombres, fué formado de tierra; mi cuerpo ha tomado forma en el seno de mi madre. Al nacer, respiré el aire común á todos, he caído en la misma tierra, he sido sometido á las mismas miserias, me he hecho oír desde luego, llorando como todos los otros niños; he sido como ellos envuelto en mantillas y criado con grandes cuidados.»<sup>(1)</sup> No es posible acentuar de modo más claro y decisivo que el Señor es verdaderamente hombre, y de la misma naturaleza que nosotros. Su vida entera ha sido consagrada á probar esta verdad, y, realmente, no es difícil decir lo que, en su vida, nos llama más la atención, si la majestad de su poder divino, ó los signos de debilidad humana y de aptitud para el sufrimiento.

Con la misma intención que la que nos hace ocultar nuestras debilidades, tuvo cuidado de que las suyas fuesen vistas de todo el mundo y nos hayan sido transmitidas.

Las grandes acciones del Salvador—como expresamente lo dice la Sagrada Escritura—han sido conservadas á grandes rasgos;<sup>(2)</sup> pero las humillaciones á que libremente se sometió, no por debilidad,<sup>(3)</sup> no por violencia, sino por amor,<sup>(4)</sup> su hambre, su sed, sus lágrimas, sus angustias ante la muerte, sus tentaciones, la vergüenza inaudita que soportó por nosotros, los tormentos sin nombre que lo aniquilaron, fueron registrados con la mayor fidelidad. Así, bajo este concepto, el Evangelio es una obra única en su género.

Allí donde hay una religión producto puramente humano, allí aparece descrita la vida de su fundador, agranda-

(1) Sap., VII, 1 y sig.

(2) Joan., XXI, 25.

(3) Aug., *Civ. Dei*, 14, 9, 3. Basilius, *De spirit. sancto*, 8, 18.

(4) Agustín, S. 179, 4.

das sus proporciones, y ocultado lo que tiende á deprimirla; pero los autores sagrados refieren detalladamente de Jesucristo todo lo que puede representárnoslo como pequeño, pobre y paciente. No parece sino que temen pasar en silencio un rasgo que, en nuestra debilidad, pueda consolarnos con su ejemplo. Todo concurre á que no nos avergoncemos de Él, sino á que podamos aproximarnos á su persona con confianza; y confesarle nuestras miserias, en la convicción bien fundada de que es nuestra carne y nuestro hermano.<sup>(1)</sup>

Así, pues, no le bastaba con inclinarse á nosotros como Dios para ofrecernos la imagen divina que habíamos perdido.<sup>(2)</sup> Introducida entre nosotros la discordia por la caída, no tardó en recoger en sí las contradicciones á que nos habíamos entregado, para poder así excitar nuestra confianza. De aquí que quisiese hacerse semejante á nosotros en todo lo que es verdaderamente humano, en miserias, en pequeñeces, en combates, en tentaciones, en desamparos, excepto en el pecado, el cual, en verdad, no es cosa humana,<sup>(3)</sup> para ofrecer á nuestros ojos un modelo de perfección inimitable y verdaderamente digno del hombre. Es esto una nueva gloria para nuestra religión.

Los griegos ponían en sus templos estatuas muertas como ideal, ó presentaban en el teatro, como modelos, hombres, que, disfrazados, agrandados, hablando tras una máscara hueca, representaban lo que no eran, y enseñaban lo que no practicaban. Nuestros antepasados germanos recomendaban la virtud en cantos que expresaban únicamente vanas aspiraciones, y conducían á un entusiasmo pasajero, pero no á la acción real. Sólo nosotros los cristianos nos gloriamos en formarnos según un hombre vivo, y, lo que es más,—ya que no faltan hombres, si bien los hombres completos son raros<sup>(4)</sup>—según un hombre com-

(1) Genes., XXXVII, 27.

(2) Bernard., *De grat. et lib. arb.*, 10, 32.

(3) Hebr., IV, 15. Aug., *Ps. XXIX*, 2, 3. Leo, *Ep. ad. Flav.*, c. 3.

(4) Herodot., 7, 210, 2.

pleto, el cual, aunque inmensamente superior á nosotros, convirtiéndose como en uno de nosotros, <sup>(1)</sup> á fin de que todos seamos capaces de asemejarnos á Él, á un hombre que enseña más con la acción que con la palabra, á un hombre que cualquiera llega hasta Él más fácilmente con la imitación que con la lectura y el estudio. <sup>(2)</sup>

¿Quién podrá decir todavía, después que Dios descendió del trono de su magnificencia hasta el hombre, que no se atreve á acercarse con confianza al trono de la gracia, <sup>(3)</sup> que no sabe cómo debe disponer su vida para ser un hombre y para encontrar á Dios, y, lo que es aún más fuerte, que no siente surgir de Él una fuerza que le penetra y le ayuda á salir de su bajeza? Tales son los tres efectos de la Encarnación de Dios. Gran consuelo es para él la idea de que la distancia que separa al Creador de la criatura, al Dios de santidad del pobre pecador abandonado, ha sido salva-da por el mismo Dios. Aliento profundo para nuestra debilidad es ver un Dios que, con nuestra envoltura mortal, nos da ejemplo de la más perfecta virtud sobrenatural, y, al mismo tiempo, de la virtud natural. Pero ¿de qué nos serviría todo esto, si con nuestra impotencia nativa, nos fuese preciso marchar sobre sus huellas? De aquí que reconozcamos los beneficios de la Encarnación de Dios, primeramente, en la fuerza divina que pasa á nosotros. En Jesucristo, la plenitud de la divinidad obra de un modo viviente y enérgico bajo una forma humana. Ahora bien, somos hueso de sus huesos y carne de su carne. Por la comunidad que aquélla tiene con su naturaleza humana, participa nuestra naturaleza de las fuerzas divinas que viven en Él. De aquí que la humanidad de Jesucristo es un medio de salvación superior á cualquier otro. Si sólo tocar sus vestidos purificaba y curaba, ¿qué impureza no se purificará, qué agotamiento no será reemplazado por nuevas fuer-

(1) Ludov. a Ponte, *Dux spirit.*, 2, 13, 11. Cornel. a Lap., *sur Jérémie*, XXXI, 22.

(2) Bernard., *Ep.* 106, 1.

(3) Hebr., IV, 16.

zas, al punto mismo que se adhiera á su humanidad animada por su divinidad? ¿Qué orgullo puede todavía ser curado, si no lo cura la humildad del Hijo de Dios? ¿Quién curará la avaricia, la cólera, la dureza, si la pobreza, la dulzura, el amor del Hijo de Dios, no han podido hacer nada contra ellas? ¿Que la humanidad tenga, pues, confianza, que comprenda su verdadera naturaleza y el lugar que ocupa en las obras de Dios! ¡No os rechacéis á vosotros mismos, oh hombres! ¡El Hijo de Dios se ha hecho hombre! ¡No os despreciéis, mujeres! ¡El Hijo de Dios ha tomado su carne de Aquélla por la que vuestro sexo, en otro tiempo tan despreciado, se ha elevado á una gloria incomparable! ¡Vosotros, hombres todos, mientras seáis tales, grandes y pequeños, no os perdáis en lo que el mundo posee de hermoso y bueno, porque todo resplandor terreno palidece ante la belleza y la bondad de Aquél que se ha hecho igual á vosotros! ¡No temáis los sufrimientos ni la vergüenza; si el Hijo de Dios los ha soportado por nosotros, no son ya infamantes! ¡Que aquél que tiene gran conciencia de sí mismo, imite, pues, á Aquél que se ha hecho pequeño por nosotros, y será elevado de su abatimiento por su abatimiento!

«¡Oh medio de salvación maravilloso, que ofrece auxilio para todas las enfermedades; que nadie busque la curación en otra parte, que nadie desespere, aunque se vea abandonado de todos! Este Médico ha curado enfermos desesperados y ha resucitado muertos. De este modo, bastará á cada uno lanzar una mirada á Dios, que camina delante de nosotros como hombre, para hallar placer en vivir, aun en el caso de que haga ya mucho tiempo que ha desesperado de la vida». <sup>(1)</sup>

**7. El Cristo como Hombre-Dios.**—Si nos detenemos un instante aquí y examinamos á Jesucristo como Dios y como hombre, no sabemos de qué asombrarnos más y de quién recibimos más consuelo, si de Dios, que se ha dignado descender hasta nosotros, ó del hombre, semejante á nos-

(1) August., *De agone Christ.*, 11, 12.

otros. Al ver tanta generosidad, nos acordamos, con profunda confusión, de las dudas que primeramente se suscitaron en nosotros sobre la manera cómo esos contrastes podían unirse en una sola persona. ¡Cuán pequeño es, pues, el hombre, para apreciar las más grandes acciones de Dios según su medida! De tal modo somos miserables, que podemos llegar aún á formarnos una idea falsa del mismo Dios y avergonzarnos de Él, cuando, por nuestro amor, se ha revestido de nuestra debilidad, sin reflexionar siquiera en los últimos milagros con que la misericordia de Dios, unida á su sabiduría, ha confundido nuestras dudas. La fe en que Cristo es Dios por naturaleza y rico en consuelos, y que se ha hecho hombre por condescendencia para con nosotros, es sublime; pero la suma de todos los misterios y la causa de todas las gracias consisten en que Él es hombre y Dios á la vez, y, sobre todo, en la unidad de una misma persona. En Él, la divinidad no se ha cambiado en humanidad, ni la humanidad en divinidad. En Él lo divino no ha absorbido lo humano, como los rayos del sol absorben el agua, y lo humano no ha causado perjuicio alguno á lo divino. Ha aceptado la humanidad, pero sin abandonar la divinidad. Al convertirse en hombre, no ha cesado de ser Dios. Aunque se ha dignado descender á la tierra, no ha abandonado el trono del cielo. Verdad es que ha aparecido, en el mundo, pero no ha comenzado á ser en él, porque ya existía desde el principio. Ha venido á su propiedad, sin buscar nada para Él. La humillación y la pobreza, he aquí todo lo que ha tomado, y el único presente que el mundo pudo ofrecerle fueron los sufrimientos.

Pero no se ha hecho más débil ni más pobre, recibiendo de nuestra parte estos últimos, ni dispensándonos su riqueza y su magnificencia. Ha recibido y ha dado, sin llegar á ser más grande ni más pequeño. Ha continuado siendo lo que era de toda eternidad. Se ha convertido en algo nuevo sin cambio alguno. Aunque haya reunido en sí dos naturalezas que no podrían ser más diferentes, su

personalidad realiza la unidad más perfecta que haya podido jamás ver el mundo. Sin contradicción, sin perjuicio, puramente, de un modo inmutable, sin estorbarse, la divinidad y la humanidad obran juntas en Él. No viven la una al lado de la otra, como dos personas que habitan una sola cabaña. No componen dos mitades de un todo; Jesucristo no es Dios de una parte y hombre de la otra. No es mitad Dios y mitad hombre; Dios y hombre no son distintos en Él, pero forman una sola persona. <sup>(1)</sup> El mismo que es Dios es también hombre; Dios y hombre unidos forman una sola persona indivisible, el solo Cristo viviente. Él es más que hombre, pero no es más que Dios; no es algo de intermedio entre Dios y el hombre, porque tan completamente es Dios, como completamente hombre; es precisamente un hombre entero y verdadero, porque Dios está en Él; es—no hay más que una sola palabra para expresar esta única vida y esta única naturaleza—el Hombre-Dios Jesucristo.

**8. El Cristo como mediador.**—Precisamente porque no es algo de intermedio entre Dios y el hombre, sino que es á la vez Dios y hombre en su única persona humana y divina, es capaz de llenar en beneficio nuestro una función, única en la cual está fundada la esperanza de nuestra salvación; la función de mediador. Para cumplir este encargo, se ha despojado á sí mismo de todo. Para servirnos de mediador, ha tomado sobre sí nuestra miseria, y ha soportado toda la vergüenza que ha recaído sobre Él á causa de esto. ¿De qué nos hubiera servido que, como Dios, se hubiese acercado á nosotros, pobres pecadores? El pueblo de Israel no hizo más que ver de lejos su magnificencia en la oscuridad de una nube, y oír su voz en la cima de una montaña, pero bastó esto para aterrorizarle; «Si oímos por más tiempo la voz de nuestro Dios, moriremos—dijo á Moisés.—Ve tú antes á Él y escucha todo lo que te diga el Señor nuestro Dios; tú nos lo referirás, y haremos lo que

(1) August., *In Joan.*, tr. 47, 12; 78, 3. S., 130, 3. *De peccat. remiss.*, 1, 31, 59. Thom., 3, q. 17, a. 1. Joan. a S. Thoma, *Theol.*, tom. VII, q. 17.

mande». <sup>(1)</sup> Y Moisés se colocó en el abismo que el pecado había abierto entre Dios y el pueblo, <sup>(2)</sup> como árbitro entre los dos. <sup>(3)</sup> Y el pueblo no murió, y Dios le hizo gracia.

Más ventajoso es para la humanidad entera que la salvación, la verdad, la gracia, la vida, le sean dadas por un mediador, y por un mediador tal como lo poseemos en Jesucristo, que no constituye más que una sola cosa con su Padre, justo, inmortal; que no constituye más que una sola cosa con nosotros, mortales é injustos, uniendo en Él, en una sola persona, según la naturaleza, al Dios ofendido y al hombre ofensor, en una sola persona que posee, de Dios la justicia, y de nosotros la mortalidad. Jesucristo está ya, solamente por su naturaleza, destinado á ser mediador y reconciliador. <sup>(4)</sup> No habiendo tomado la vida terrestre por otro fin que para consagrar su vida á la única vocación de la Redención, <sup>(5)</sup> se ha encargado de la empresa de conducir el mundo á la salvación. <sup>(6)</sup> Sí, las palabras que dicen que Jesucristo ha venido al mundo para salvar á los pecadores, son verdaderas y dignas de toda consideración. <sup>(7)</sup> Mas lo que hace doblemente satisfactoria la aceptación de este encargo, es la otra verdad, á saber, que, precisamente como hombre se ha convertido en mediador nuestro. <sup>(8)</sup> De aquí que se tome al sacerdote, mediador entre Dios y el hombre, de entre los hombres, á fin de que aprenda á tratar con piedad á los ignorantes y á los que están en el error, <sup>(9)</sup> por cuanto siempre tiene ante sus ojos su propia debilidad

(1) Deut., V, 24 y sig.

(2) Ps., CV, 23.

(3) Deut., V, 5. Cf. Gal., III, 19.

(4) Cyrill. Alex., *Dial. 1 de Trin.* (Migne, 75, 692 y sig.). Gregor. Magn., *Moral.*, 22, 42. Cf. sobre este primer aspecto de la mediación (*mediatio substantiva* en oposición á *mediatio activa*) Thomasin, *Theol. dog. de Incarnat.*, l. 9, c. 3.

(5) Matth., IX, 13; XVIII, 11. Marc., II, 17. Luc., V, 31; XIX, 10.

(6) Joan., III, 17.

(7) I Tim., I, 5.

(8) I Tim., II, 5. August., *S.* 293, 7. *Conf.* 10, 43, 68. Joan., Tr. 82, 4. *Ps.* 29, en. 1. *Civ. Dei*, 9, 15, 2. *De grat. Chr. et pecc. orig.*, 2, 28, 33. Thomas, 3, q. 26, a. 2.

(9) Hebr., V, 1, 2.

que le envuelve como un vestido. Los mismos miramientos ha tenido Dios con nosotros al revestir desde luego á su Hijo de nuestra naturaleza, antes de hacerlo mediador entre Él y nosotros. Sin duda hubiera podido también hacerle gracia de otra manera, pero después de haber determinado que la Redención tuviese lugar por medio de su Hijo, y que nosotros habíamos de cooperar por nosotros mismos á nuestra salvación, Jesucristo debió presentarse en la tierra con nuestra carne, y expiar en ésta, en lugar nuestro, la pena que habíamos merecido, á fin de reconciliar á su Padre con nosotros, y á fin de elevarnos de tal suerte, que pudiésemos avanzar nosotros mismos con su ayuda. <sup>(1)</sup>

A este fin, no podía aparecer suficientemente pobre ni suficientemente débil, ni podía humillarse bastante, ni sufrir con la suficiente amargura. De este modo, en los días de su carne, habiendo elevado, con grandes gritos y con lágrimas, oraciones y súplicas á Aquél que podía salvarle de la muerte, aprendió, no obstante ser el Hijo, la obediencia con sus sufrimientos. <sup>(2)</sup> Entonces fué apto para convertirse en mediador nuestro. La justicia y el amor de Dios no podían resistir al Dios inocente, eterno, al Hijo único que, por amor á nosotros, se encargaba de la falta de los pobres abandonados. Podemos tener confianza en Aquél que, por su naturaleza, es semejante á nosotros, y que, por esto, sufre más y es más penosamente castigado por Dios, que lo haya sido jamás hombre alguno. Gran felicidad es que, para aplacar la cólera divina á causa de nuestros pecados, tengamos un intercesor cerca de Él, <sup>(3)</sup> y que, para obtener su gracia y su asistencia, debamos dirigirnos á un Pontífice que tiene piedad de nuestra debilidad, porque Él mismo, nacido de mujer, ha llevado nuestra debilidad, ha sufrido nuestros dolores, y ha sido probado absolutamente en todo como uno cualquiera de nosotros. Ahora

(1) Basil., *Ep.* 261, 2.

(2) Hebr., V, 7, 8.

(3) Joan., II, 1, 12; IV, 10. Hebr., IX, 24.